

Eusteno intentaba concentrarse para escribir, pero no le resultaba sencillo. Se acordaba constantemente de ese consejo que daba Borges en las entrevistas: “que todas las novelas empiecen con una frase larga”. Lo tenía siempre presente y lo repetía, todos los días, como un mantra. Se sentía frustrado porque no había sido capaz de hacerle caso. La primera frase de su tercera novela era bastante escueta: **“Quién pudiera olvidar la ciudad que se hunde.”** Una frase de tan sólo ocho palabras. Pero Eusteno creía que se trataba de ocho palabras lo suficientemente sugerentes y que en realidad no necesitaba alargar la frase de un modo forzado y artificioso. A pesar de ello, seguía dudando frente a la pantalla del ordenador: ¿hacer caso a Borges o hacerse caso a sí mismo? Si se tratase de alguien con confianza y seguridad, la pregunta sería absurda, claro. Pero como no era el caso, Eusteno dudaba. Había terminado de escribir la novela, pero todavía dudaba acerca de la primera frase. Y así le iba en la vida, siempre construyendo las casas por el tejado. Habiendo terminado y sin saber todavía cómo empezar.

Cuando más inmerso estaba en el texto, Ben entró en la habitación, interrumpiendo la concentración y las dudas.

–¿Qué tal vas con esa gran obra maestra?

–Bueno. Creo que por hoy ya está. Tal vez mañana la tire a la papelera, pero de momento la dejaré así.

–¿Puedo? –Ben señaló la pantalla del ordenador.

–Sí, claro. Eso de ahí al lado es una copia impresa. Puedes leerlo en diagonal, tienes tres minutos hasta que nos vayamos corriendo. Ben centró su atención en la montaña de papeles y eligió la página 123.

–Hablan raro, ¿no?

–¿Qué quieres decir?

–Bueno, no sé. En este capítulo, aquí hablan un poco raro.

–**Creo-dijo Eusteno-que los godos hablaban así y, si Dios quisiera, así hablaríamos nosotros, con el culo.**

–¿Y crees que esto dejará satisfecho a tus exigentes lectores?

–¿Qué lectores? Venga, vámonos que llegaremos tarde.

Eusteno apagó el ordenador, lo metió en la funda y se puso la chaqueta. No había preparado nada para la conferencia que iba a dar, así que se vería obligado a recurrir a la improvisación.

Bajaron corriendo las escaleras. Como siempre, se había hecho tarde. Por suerte, habían dejado el coche aparcado en un lugar cercano.

–Joder Ben, ¿habías visto eso?

–Sí, cada vez hay más. Y creo que se están enfadando mucho.

–No me extraña, tal y como están yendo las cosas. El día que pasen a las armas esto se pondrá interesante.

En el espacio de una semana, el número de manifestantes acampados alrededor de Pharmek se había duplicado. Las tiendas de campaña ocupaban toda la plaza y, para entrar y salir de los laboratorios, los trabajadores tenían que esquivar cada día a una masa furibunda de gente.

–¿Crees que podremos pasar con el coche?

–No creo, tendremos que dar la vuelta. Hazte a la idea de que vamos a llegar tarde.

Detuvieron el coche ante el semáforo en rojo, rodeados por una masa de gente alborotada. Eusteno se quedó abstraído y en silencio, mirando el cielo gris a través del cristal. Ben le hablaba, pero las palabras se perdían en el aire antes siquiera de llegar a tener significado alguno.

Llevaba varios días así. Sin poder escuchar. Sin poder concentrarse. **La atención que prestaba había dejado de ser lo que era.** A las personas, a las cosas y a sí mismo. Su mente se quedaba en blanco con excesiva frecuencia, tal vez debido al estrés y la presión de las últimas semanas. Acabar una novela siempre le producía una especie de pánico al vacío que le costaba controlar. Eusteno se sobresaltó y su mente regresó de modo brusco al interior del coche: **alguien golpeaba con un dedo el cristal de la ventanilla.** Se trataba de un hombre inquietante: rostro arrugado, pálido y sombrío. Abrigo negro, gafas de sol, sombrero de fieltro. Ben miró con extrañeza mientras bajaba la ventanilla del coche y el hombre misterioso sacó la mano derecha del bolsillo, le entregó un sobre y se marchó en silencio con paso apresurado hasta que su cuerpo se acabó confundiendo entre la masa de manifestantes.

–¿Quién diantres era ese tipo?

–Ni idea.

Ben sostenía el sobre con las manos, nervioso. Sin atreverse a abrirlo.

–Venga, ábrelo –dijo Eusteno.

Se trataba de un sobre pequeño, de color marrón. Contenía la fotografía de una mujer. De pie, en una estación de tren, con algunas maletas a su alrededor.

–Parece la estación de Kassel, ¿no? –dijo Eusteno.

Ben intentaba disimular su nerviosismo al sujetar la foto. Le empezó a temblar un poquito el pulso y se aceleraron los latidos de su corazón.

–Pues no sé. Podría ser.

–Sí, sí que lo es, estoy seguro. ¿Por qué diantres nos ha dado esta foto? ¿Conoces de algo a esta mujer?

–Ni idea. Supongo que nos habrá confundido con alguien.

Ben palidecía por momentos. La masa de manifestantes se movió lentamente y por fin el coche pudo avanzar. A Ben le costaba conducir. De hecho, se le caló el coche.

–¿No tendrías que avisar de que llegamos tarde? –dijo, intentando desviar la atención a otro tema.

–El organizador me acaba de enviar un mensaje al móvil, han cambiado el orden de los conferenciantes y empiezo una hora más tarde.

–Estupendo, mejor así.

–No sé, me suena mucho la cara de esa mujer.

Eusteno volvió a coger la foto que Ben había dejado en la guantera. La observó durante unos segundos y le dio la vuelta, comprobando con sorpresa que había algo escrito. Ben se asustó al mirar de reojo la fotografía y el coche se salió un poco del carril. Algunos manifestantes que había alrededor gritaron.

–Tal vez sería mejor que aparcaras y vamos en metro, ¿no? –dijo Eusteno con un poco de preocupación.

–Aparcar ahora sería un infierno, no te preocupes. Llegaremos bien en coche. ¿Qué pone en parte de atrás de la foto?

–“Sigo esperando”.

–¿Ya está? ¿Nada más?

–Nada más.

–Definitivamente, se han equivocado –dijo.

Ben intentaba disimular el nerviosismo, pero el temblor de su voz era inevitable.

–¿Estás bien? –dijo Eusteno con cierta preocupación.

–No, no estoy bien. He dormido fatal y esta masa de gente no nos deja avanzar, me estoy poniendo nervioso.

–Estás sudando.

–Sí, no tendría que haberme puesto este jersey. Siempre que me lo pongo paso un calor espantoso.

–Es extraño, el caso es que me suena mucho su cara, pero no sé de qué.

Eusteno seguía observando la foto con curiosidad.

–Bueno, tiene una cara muy normal. Seguro que hay cientos de mujeres que se parecen a ella.

–Supongo que tienes razón.

La fotografía se quedó en la guantera. El coche llegó a su destino y entraron en el edificio. Preguntaron por la sala de conferencias en el mostrador de información y en ese mismo momento, el organizador apareció por el fondo del pasillo, visiblemente nervioso.

–Vaya, Eusteno, creíamos que no llegabas.

–Lo siento, nos quedamos atrapados en medio de la manifestación.

–¿Lo de Pharmek?

–Sí.

–Se está liando una buena.

–Y más que se va a liar como no lo solucionen pronto.

–Sí, es lo que me temo... Bueno, nosotros vamos a ir por la parte de atrás. La conferencia anterior sobre Mayakovsky está a punto de terminar. Usted puede acceder al auditorio por la entrada principal, girando a la derecha por ese pasillo, la cuarta puerta. La más grande.

Ben asintió con la cabeza.

–De acuerdo, gracias. Voy a la calle a fumar un cigarro y entro enseguida.

–Eusteno empezará en unos quince minutos –dijo el organizador.

Ben asintió de nuevo y se dirigió hacia la calle mientras sacaba el paquete de tabaco de su bolsillo. El cielo seguía gris y unos densos nubarrones amenazaban tormenta. La imagen de la mujer en la estación de Kassel se había quedado grabada en su mente. Tenía que poner solución a aquello o le acabaría causando más problemas. Pero... ¿cómo evitar que Eusteno se enterase? O tal vez lo mejor, después de todo, era decirle la verdad... Ben no podía pensar, un martillo gigante golpeaba su cabeza y el ruido del tráfico le molestaba más que nunca. No sabía qué hacer. Tiró el cigarro al suelo y se dirigió al auditorio siguiendo las indicaciones del organizador. Entreabrió la puerta sin llegar a entrar. El patio de butacas estaba en penumbra, pero un potente foco de luz alumbraba al conferenciante que estaba en el escenario.

–(...) pero el camino es también la cultura de Occidente, el viaje, el descubrimiento, la sed de conocimiento y negativa que Mayakovsky denominaba "la banalidad de la vida cotidiana" (...)

Ben decidió no entrar, esperar al lado de la puerta. No le apetecía escuchar más historias sobre Mayakovsky. En realidad, no le apetecía escuchar historias sobre nada. Lo único que quería era poder alejarse de todos sus problemas sin tener que dar explicaciones a nadie, ese era su mayor deseo. La imagen de la mujer seguía ocupando un espacio predominante en sus pensamientos. La estación de Kassel, la recuerda perfectamente. Eusteno y él estuvieron allí en verano, en la dOCUMENTA (13). Ella le buscó incansablemente durante varios días y él la evitó. Y todo por miedo. Siempre el maldito miedo. Miedo a enfrentarse a los problemas. Miedo a decidir. Miedo a los cambios inesperados, a que nos dé un vuelco la vida.

A tener que empezar desde cero, a tener que reconstruir la existencia. En definitiva, Ben tenía casi tanto miedo a la vida como a la muerte. A veces incluso más.

Recuerda la carta que ella le envió, palabra por palabra. Una de esas cartas que suplica a gritos una respuesta. **Demorar la contestación de una carta durante tres años es demorarla mucho tiempo, y su carta no había sido contestada durante más tiempo aún.** ¿Cuánto hacía? ¿Cuatro años? Tal vez más. Y seguía insistiendo. “Sigo esperando”, es lo que ponía en la parte de atrás de la foto. Obviamente, no iba a dejarle en paz hasta que hablase con ella.

Los aplausos indicaron el final de la conferencia sobre Mayakovsky. Ben entró en el auditorio y se sentó en la penúltima fila. No sabía demasiado sobre el asunto. Lo único que Eusteno le había contado es que le habían invitado a dar una conferencia sobre el Marqués de Sade en unas jornadas literarias bastante heterogéneas. De hecho, no entendía muy bien por qué tenía que hablar sobre el Marqués de Sade ya que distaba mucho de ser su especialidad. Pero Eusteno todavía no había aprendido a decir que no (era una de sus cuentas pendientes en la vida) y además tenía que admitir que le hacía cierta gracia participar en las jornadas con un tema como ese.

–(...) en el castillo de Silling, el centro neurálgico es el teatro de depravación en el que se reúnen todos los días de las cinco a las diez de la noche(...).

Ben intenta escuchar, pero no lo consigue. Eusteno habla sobre los 120 días de Sodoma. La mente de Ben sigue en la estación de Kassel, muy a su pesar. Eusteno habla con fluidez y consigue hacer incluso algún que otro chiste. Entrelaza conceptos con agilidad. A pesar de no haber preparado la conferencia, parece que todo va bien. El público disfruta de la charla y escuchan con atención. Ben sale del auditorio de modo discreto, necesita otro cigarro, sigue nervioso, le importa un pimiento lo que le puedan decir sobre el marqués de Sade.

En la calle ha empezado a llover y Ben se refugia bajo la marquesina de un autobús. Un grupo de universitarios se acercan corriendo para guarecerse del chaparrón. La lluvia empieza a caer con más fuerza. Son media docena, tienen alrededor de veinte años. Parece que acaban de salir de una fiesta y están un poco borrachos. Cantan una canción que Ben no es capaz de reconocer. Probablemente, una de esas canciones pop que suenan a menudo por la radio y que tanto gustan a los jóvenes. Maldita sea, se siente viejo. Sus cuarenta y tantos años le parecen un siglo. Y más, cuando observa a esos jóvenes. Entre ellos ha reconocido al sobrino de Eusteno, pero no va a decirle nada. En estas situaciones es mejor no decir nada. Después de todo, tampoco se conocen tanto. Sólo coincidieron en un par de ocasiones, hace ya unos tres años. Por aquel entonces, el chico era un adolescente apocado e introspectivo. Vestía camisa y corbata, hablaba poco y miraba al suelo todo el tiempo. Pero ahora ha cambiado (aunque cabe la posibilidad de que sea debido al alcohol, claro está). Ben **lo ve jovial, vestido con una camiseta, gritando que “Kafka is born in Prague”, y siente un deseo que sube por su cuerpo, el incontrolable deseo de tener un amante.** Un amante joven, un universitario que se emborrache con frecuencia y se preocupe en raras ocasiones. Ben se siente un poco culpable. No sólo por esto, sino por todo en general. Por el deseo incontrolable y por cómo ha estado actuando estos últimos meses. Por cómo se ha portado con Eusteno. Llega el autobús y los universitarios suben cantando. Ben tira el cigarro al suelo, lo pisa y observa la colilla con detenimiento. Observa al sobrino de Eusteno subir al autobús. El conductor arranca y en tan sólo unos segundos lo pierde de vista. A Ben le entran ganas de llorar. Llueve a cántaros. Se aguanta las lágrimas y decide seguir adelante, como si nada hubiera pasado.

Cuando entra de nuevo al auditorio, su pelo y su ropa están considerablemente mojados. La conferencia de Eusteno está a punto de terminar. Todo sucede según lo previsto. Cuando el público aplaude, afuera deja de llover y Ben sigue aguantándose las ganas de llorar. Regresan a casa en silencio. Los manifestantes ya no interrumpen el recorrido y el coche puede avanzar con normalidad.

–¿Sabes? He estado pensando y creo que ya sé de qué me suena.

–¿Quién?

–**La mujer de Londres ¿era la misma de la estación alemana?**

–¿Londres?

–Sí, cuando estuvimos una semana en Londres, en primavera del año pasado, ¿no te acuerdas?

–Sí, estuvimos en Londres, lo recuerdo.

–Había una mujer en el hotel, en la habitación de enfrente, que tenía un comportamiento un poco extraño.

Ben disimulaba mal su nerviosismo y le empezaron a sudar las manos.

–Me acuerdo de ella, sí. ¿Quieres decir que es la misma que la de la foto de Kassel? No lo creo, eso sería mucha casualidad. ¿Aquella no era rubia?

–Yo te dije que esa mujer nos estaba espiando, pero me llamaste paranoico.

–Bueno, ¿para qué va a espiarnos una desconocida?

–No lo sé. La gente hace a veces cosas muy extrañas.

–Yo que sé, igual es una imitadora de Sophie Calle y nos está vigilando para hacer un proyecto. –dijo Ben simulando un tono burlón.

–A lo mejor nos está siguiendo a lo largo de los meses, ¿te imaginas? Cada vez que pillamos un vuelo a otro país ella nos sigue.

–Si claro... Algún día me explicarás por qué crees que somos tan importantes como para que alguien nos siga de ese modo tan persistente.

–No nos sigue porque seamos importantes. Simplemente nos ha seleccionado al azar. Iba por la calle, nos vio, y decidió que seríamos nosotros los elegidos.

Ben observaba a través de la ventanilla del coche las masas de gente que abarrotaban las calles principales de la ciudad en hora punta. Caminaban como autómatas, siempre con prisas, realizando el mismo recorrido día tras día. Decidió no responder a Eusteno para ver si así la conversación se desvanecía sin más y podía apartar de su mente aquello que tanto le obsesionaba. Diez minutos más tarde llegaron a casa y se sentaron en el sofá a ver la televisión.

–Quiero ver algo que no implique pensar. Estoy harto de pensar. –dijo Eusteno.

–No creo que haya nada que implique pensar. Es la televisión, no lo olvides.

Eusteno cogió el mando a distancia y empezó a recorrer los canales.

–**Lo que ustedes están es locos de remate...**

–Oh! Una telenovela argentina, déjala.

–No, me dan pereza estas cosas. Además, creo que ni siquiera es argentina. Yo diría que es chilena.

–Bueno, da igual.

–¿Cómo va a dar igual? Lo siento pero cambio de canal, me niego a ver esto.

Ben intentaba prestar atención a la pantalla del televisor y olvidar la fotografía que se había quedado en la guantera. La imagen de ella en la estación de Kassel. “Sigo esperando”. La imagen de ella siguiéndolos sigilosamente por los pasillos del hotel de Londres. La imagen de ella...

–**Composición de lugar. ¡Ignacio de Loyola, corre en mi ayuda!**

Tres actores en un pequeño escenario negro. Un foco de luz puntual. Uno de los actores está desnudo. Una videoproyección al fondo con imágenes aceleradas de momentos históricos. La música in crescendo. La nueva obra de Rodrigo García se estrenará en Madrid dentro de dos semanas. La voz de la presentadora del programa cultural es una voz agradable, sin estridencias. Una voz correcta, idónea para presentar un programa cultural. Ben observa a través de la ventana cómo cae la lluvia. Tiene un nudo en el estómago y sabe que sólo conseguirá deshacerlo si habla de modo sincero con Eusteno.

–Coincidiendo con la llegada de Ben, a Oroil no le quedó más remedio que conocer a los demás jóvenes que se alojaban en el hotel (...)

–Mira, una película. Y además hay un personaje que se llama como tú, eso es una señal. ¿La dejamos?

–No, quítala, odio las películas con voz en off.

Eusteno frunció el ceño en un gesto de extrañeza.

–¿Y eso?

–No sé. Me molestan. Son redundantes. Las imágenes y los actores tendrían que ser suficiente para explicarlo todo. La voz en off es el recurso de los mediocres.

–Pero hay voces en off que forman parte de la historia del cine, no puedes generalizar así.

Ben bostezó dando a entender que no tenía la menor intención de seguir justificando sus opiniones. Eusteno captó la indirecta y siguió recorriendo los canales.

–Nada. Ya está. Sólo quedan teletiempos, videntes y concursos de esos de llame y gane.

–Falta ese canal de películas antiguas, ¿qué número era?

–El 23, creo.

Eusteno buscó el canal. Una película en blanco y negro, tal vez de los años cincuenta o sesenta. Española y extraña, con un cierto toque de surrealismo. De esas que en su momento probablemente no se llegaron a estrenar por culpa de la censura.

–Juré que nunca la dejaría y ella ha demostrado su gran falsía con el tralará tralará tralará tralará.

–¿Te suena el actor?

–Ni idea, la verdad.

–Sobreactúa un poco, ¿no?

Ben, acostado en el sofá con la cabeza apoyada sobre el regazo de Eusteno, no pudo evitar que una lágrima se deslizase por su mejilla. Le costaba hablar. Le daba igual la televisión. Le daban igual los actores que sobreactuaban. El nudo en la garganta seguía ahí y la única manera de deshacerse de él sería hablando con Eusteno, contándole toda la verdad.

–¿Te encuentras bien?

Eusteno había visto la lágrima, era cuestión de tiempo.

–No.

–¿Qué ha pasado? ¿Hay algo que quieras decirme?

–No quiero decírtelo, pero no puedo seguir ocultándotelo.

Ben se incorporó y dirigió la mirada al suelo, no se sentía capaz de mirar a Eusteno a los ojos.

–Mírame, Ben. ¿Qué es lo que ha pasado? Llevas unos días muy raro, no sé por qué no te he preguntado esto antes, la verdad.

Eusteno apagó la televisión.

–No me encuentro bien.

–¿Por qué? ¿Cómo te sientes?

–**¡Como un perro! –dijo; era como si la vergüenza hubiera de sobrevivirle.** Y se echó a llorar expurgando todo lo acumulado. Especialmente, durante los últimos meses

–¿Qué quieres decir? Intenta tranquilizarte, ¿de acuerdo? Seguro que no es tan grave.
¿Se trata de tu salud?

Ben negó con la cabeza.

–Bien, eso es bueno.

Ben seguía sin mirarle a la cara.

–Espera. Tiene algo que ver con la fotografía, ¿verdad? Con la mujer de la estación. ¿Es eso?

Ben se secó las lágrimas con la manga del jersey, se levantó y abrió la ventana para que entrase un poco de aire fresco. Intentó ver las estrellas, pero el cielo seguía estando nublado.

–Tal vez –respondió, habiéndose quitado ya un peso de encima.